

Editorial CIMS 97 (Barcelona).

# La rebelión de los metecos - Conclusiones.

Andreassi Cieri, Alejandro.

Cita:

Andreassi Cieri, Alejandro (1997). *La rebelión de los metecos - Conclusiones*. Barcelona: Editorial CIMS 97.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/alejandro.andreassi.cieri/12/9.pdf>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pvSk/FFZ/9.pdf>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.  
Para ver una copia de esta licencia, visite  
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

*la material, única eficaz en la vida económica, causa por el exceso y la mala organización del trabajo, por el ambiente insano en que se realiza, y por la pobreza irremediable á que condena al obrero, la degeneración y el agotamiento de vastas capas sociales; de manera que el interés de la sociedad presente y de la sociedad futura, moral y materialmente amenazadas, reclama también la intervención del Estado, para poner fin á tales excesos, y colocar á todos los hombres en condiciones humanas de vida y progreso. A estas ideas responde, señor presidente, la política llamada social [...] que aspiro á iniciar francamente en este país.<sup>520</sup>*

## Conclusiones

*"Podrá estar el punto de partida del socialismo en Fourier, Cabet, Proudhon, Marx, Bakounine, etc., pero la inmensa labor socialista que dá ahora tan prodigiosos frutos débese á las masas obreras, ignorantes de filosofías trascendentes y de complicados economismos, es el resultado de su espíritu práctico unido á sus maravillosas intuiciones de la verdad y del bien [...] De modo que el trabajo realizado por las innumerables asociaciones políticas y de resistencia en que se agnapan los obreros, débese, no á los intelectuales de nuestros días, no tampoco á aquellos hombres eminentes que grabaron en sus libros inmortales los principios del socialismo, sino, lo repetimos, á los propios obreros que experimentalmente han ido dándose una doctrina y una organización. Que el alma de los grandes pensadores del socialismo está en ellos, ¿quién lo duda?"<sup>521</sup>*

En este último apartado me limitaré a efectuar la síntesis de las conclusiones parciales elaboradas a lo largo del estudio y a considerar algún aspecto que por demasiado general no cabía en el cuerpo anterior, debido al tratamiento principalmente diacrónico del tema. El análisis del movimiento huelguístico, ha puesto en evidencia las tensiones y conflictos generados en el proceso de constitución del mercado de trabajo, por el tipo de organización del trabajo adoptado y los métodos utilizados por los empresarios para disciplinar y subordinar una fuerza de trabajo renovada constantemente por el flujo de la migración exterior. En estrecha correlación con lo anterior, permite comprobar que la constitución de la clase obrera argentina no fue un proceso lineal y progresivo. En realidad consistió en una elaboración permanente de los términos en que eran explotados, así como las alternativas para reducir y suprimir su explotación, y a través de ello las funciones que cumplían otros actores sociales como las organizaciones políticas y el estado. Cabe recordar una vez más que los conflictos sociales y laborales del período tuvieron como escenario casi exclusivo el ámbito urbano. Es una paradoja de la historia social argentina al tratarse de un país cuyo vector económico principal era la actividad agropecuaria, cuyas razones se encuentran en la síntesis de la estructura del capitalismo agroexportador que ocupa los dos primeros capítulos.

Este rasgo singular sesgó la imagen del problema social elaborada por el movimiento obrero, ya que la cuestión agraria aparece colateralmente, más que nada para explicar su contribución en la sobreoferta de mano de obra a nivel urbano cuando los jornaleros invadían Buenos Aires una vez acabadas las cosechas; mientras que la burguesía agraria,

verdadero núcleo duro del capitalismo agroexportador, era apenas identificada como responsable junto a los empresarios, o responsable en última instancia, de las dificultades que debía soportar la clase obrera. Quienes llegaron más lejos en el análisis y en la definición de objetivos programáticos en respuesta a los problemas del campo fueron los socialistas. Los relacionaron principalmente con la inmigración -a la que denominaban *artificial*- que consideraban estimulada principalmente para que los propietarios rurales pudieran disponer de mano de obra en abundancia y por lo tanto barata, e incluyeron en sus programas reivindicaciones para los jornaleros y los arrendatarios, mejora de las condiciones de trabajo y salario para los primeros -como si se tratara de obreros industriales- y de reducción de cargas para los segundos. Pero nunca llegaron a cuestionar la estructura de propiedad de la tierra proponiendo una reforma agraria que disolviese el latifundio. Lo que se debía a la inexistencia de una masa permanente de trabajadores de la tierra, que hubiera suscitado el cuestionamiento de la propiedad terrateniente y la constitución de un movimiento antilatifundista o redistributivo.

Al no existir ningún ámbito de confrontación directa entre grandes grupos de trabajadores y la burguesía agraria, los conflictos reflejaban los efectos indirectos -precio de los alimentos de consumo habitual, política inmigratoria, devaluación de la moneda- de ese eje de desarrollo basado en la agroexportación en los que el estado aparecía -para los trabajadores- como principal responsable, lo que reforzó, junto a otros factores, el profundo antiestatismo predominante en el movimiento obrero de la época.

A partir de la crisis de 1890 el proceso de acumulación con escasa inversión en bienes de capital condujo a un modelo de organización del trabajo -principalmente en el sector secundario- que era una combinación de continuidad y ruptura. Por una parte mantenía una necesaria continuidad con la situación laboral del período anterior en tanto que el funcionamiento de los establecimientos -independientemente de su escala- continuaba estructurado y basado alrededor de los trabajadores de formación artesanal. Los elementos de ruptura no eran de tipo técnico, ya que su introducción hubiese acabado con muchas rutinas de producción que eran íntegramente realizadas obreros de oficio, sino de tipo disciplinario para disminuir la tradicional autonomía laboral de esos trabajadores e incentivar la productividad. Los patronos eran conscientes de la duración limitada de la oportunidad que se les presentaba, que

resultaba de una situación coyuntural y no de un cambio de orientación en la política económica. Más tarde, durante la segunda mitad de la primera década del siglo, los empresarios recurrieron a la descentralización en los sectores que conservaban un predominio de mano de obra muy cualificada -como la fabricación de vehículos y de muebles- ante la reactivación de las importaciones, así como de la inmigración, operada a partir de la superación de la fase de estabilización económica, entre 1903 y 1905, que en algunos casos se tradujo en la utilización de trabajo domiciliario, con el que lograron reducir salarios y suprimir costes derivados del mantenimiento de talleres, extendiendo una práctica ya muy extendida en la industria del vestido.

Los sucesivos gobiernos del PAN recibieron presiones de industriales y comerciantes para que se sancionaran medidas proteccionistas, pero no consiguieron modificar el esquema general por el cual sufrían un mayor gravamen los bienes de producción que los de consumo. Ello condujo a que numerosos empresarios optaran por presionar más aún a la baja los costos de la fuerza de trabajo -y se opusieran con tanta energía al proyecto de ley de Trabajo de J. González de 1904, aunque incluyera restricciones a la acción de las sociedades de resistencia- para poder competir con las mercancías importadas, o incluso, como algunos ejemplos citados, se convirtieran o amenazaran convertirse en comerciantes importadores de los mismos productos que fabricaban.<sup>522</sup> Esa reglamentación y subordinación del trabajo cualificado fue complementada, no sustituida, con la incorporación de mano de obra no cualificada tanto masculina como femenina e infantil. A estos trabajadores también les fueron aplicados estos métodos, especialmente en aquellas industrias como la fosforera de gran producción en masa, en las que no existía ninguna tradición de oficio que conservar y sólo el estímulo de una ilusoria mejora de los salarios.

La intervención progresiva de las fuerzas represivas en casi todos los sectores de la producción y los servicios consolidó el control *externo* de la disciplina laboral coincidiendo con la implantación por los empresarios de su control *interno* por medio de los draconianos reglamentos en talleres y fábricas, y se convertiría en una de las fuentes principales de la conflictividad social hasta la segunda década de este siglo. Estas características ejemplifican perfectamente las concepciones que sostienen que las relaciones de producción aparecen fundamentalmente como relaciones de poder para organizar la producción y la apropiación, lo que les otorga un carácter político.<sup>523</sup> El estado ofreció y ejerció una

protección armada de los intereses de los empresarios industriales como casi exclusivo apoyo a la actividad manufacturera, extendiendo la que ya ejercía en relación a las instalaciones ferroviarias, al no poder otorgar ventajas financieras -los créditos se dirigían principalmente al sector primario y al comercio exterior - ni impositivos, ya que gran parte de los ingresos fiscales procedían de los impuestos sobre el consumo y de los aranceles de importación, por lo que era difícil la reducción de estos para importar bienes de equipo y productos intermedios.

Esta fue la constelación de factores determinantes para que los artesanos y oficiales fueran quienes encabezaran el movimiento de resistencia a los patronos e integraran progresivamente a los demás trabajadores en los conflictos. No sólo debe atribuirse ese protagonismo de los trabajadores cualificados a su resistencia a la pérdida de su tradicional control sobre el proceso de trabajo, sino también a la constatación del progresivo bloqueo de las expectativas de ascenso social que en una población trabajadora -en su mayor parte inmigrante- había creado su traslado a una sociedad supuestamente distinta a la europea de *origen*, que se hizo prácticamente definitivo en el período correspondiente al cambio de siglo. A pesar de que las huelgas y protestas se habían transformado en un fenómeno casi habitual en la década de 1880, la conflictividad laboral adquirió continuidad y magnitud ante el gran impulso de reestructuración e intensificación de la explotación de la fuerza de trabajo se inició principalmente en el sector secundario, a partir de la crisis de 1890. También se modificó el carácter de las huelgas, reflejando la adaptación de los trabajadores a los cambios coyunturales particulares de cada sector de la actividad económica. Se observa en las reivindicaciones obreras la referencia a las relaciones laborales previas a la gran crisis de 1890, que respetaban la autonomía de los trabajadores de oficios. Son las acciones promovidas, a mediados de los noventa, por los panaderos o constructores de carruajes donde el recurso a la huelga es promovido con cautela o juega con la complicidad, de algunos patronos que buscan el deterioro de la competencia para beneficiarse. La aceleración del proceso de transformación de esas relaciones laborales condujo rápidamente a diferentes colectivos de trabajadores de oficios tradicionales a considerar que su *savoir faire*<sup>224</sup> era insuficiente para evitar el conflicto y alcanzar acuerdos favorables con los patronos. A medida que se aproximaba el final de la década de 1890, crecía en las diferentes sociedades de resistencia la necesidad de coordinar sus reivindicaciones con las de otros colectivos obreros; y más

aún, trataron de integrar a trabajadores sin cualificación y sin tradición laboral urbana en las movilizaciones que emprendieron. El agravamiento crítico de su nivel de vida en el cambio de siglo, con el aumento del desempleo en una magnitud no experimentada desde 1890, fue el contexto en el que se incubó la huelga general de 1902, en la que se estrenó una amplia coalición de trabajadores de oficios y no cualificados.<sup>225</sup>

Sin embargo, después de 1902 no desaparecieron del panorama huelguístico los conflictos protagonizados exclusivamente por artesanos u obreros de oficios. El cambio de coyuntura económica abierto con la reanudación del crecimiento del modelo agroexportador favoreció a nivel laboral la reproducción de los conflictos parciales y muy selectivos protagonizados por los obreros más cualificados -huelgas patrono a patrono, o huelgas reglamentarias apoyadas por sólidas cajas de resistencia- en la medida en que éstos conservaban gran parte de su peso en un sector secundario no evolucionado técnicamente, y los patronos debían ceder a sus demandas para aprovechar la etapa de prosperidad. En el resto de la década de 1900, aparecieron dos elementos novedosos para contrapesar las mayores probabilidades de éxito de la demandas obreras. Uno de ellos fue la constitución de coaliciones patronales de sector, que permitieron una utilización más eficaz y sistemática del lock-out y la utilización de "listas negras" para expulsar del mercado de trabajo a los activistas obreros más significados. El otro, fue la intervención sistemática del estado en las relaciones laborales en apoyo de los empresarios, a través de la aplicación de la ley de Residencia o la acción constante de la policía, abortando conflictos mediante la intimidación, proveyendo y protegiendo esquirols u obstaculizando la acción sindical a nivel de las empresas. La acción gubernativa fue durante esa década el principal estímulo de las grandes coaliciones obreras que produjeron las huelgas generales de 1904, 1905, 1907 y 1909.

En paralelo, algunos conflictos, en los que estaban comprometidos trabajadores con gran tradición de autonomía laboral y organizativa - como los gráficos en 1906- introdujeron como novedad la intervención de los poderes públicos como mediadores. Esta modalidad, si bien no comenzaría a generalizarse hasta el cambio político de 1916 con el primer gobierno radical, tuvo el impacto suficiente como para modificar, por lo menos parcialmente, las tácticas de ciertos sectores sindicales. Por lo pronto introdujo un activo debate entre los trabajadores de los mismos sectores afectados por la mediación, pero más tarde, durante la segunda década del siglo, contribuiría al declive de aquellos sectores

del movimiento obrero que concebían la confrontación directa y masiva como única vía para emancipar a la clase obrera, o por lo menos mejorar su nivel de vida. No es casual que la influencia del anarquismo entre la clase obrera urbana se extendiera desde las vísperas de la huelga de noviembre de 1902, hasta el final de la década, para luego comenzar un lento ocaso del que sólo se recuperaría momentáneamente durante el gran estallido de la Semana Trágica de enero de 1919, promoviendo de paso el desprendimiento desde las filas socialistas de una activa corriente sindicalista revolucionaria que acompañó desde la UGT las iniciativas de la FORA. Pero también es evidente que a partir de 1906-07 pierde impulso el enfrentamiento antiestatista aunque conservara potencia suficiente para los últimos estallidos en 1909, mientras comienza a ganar cuerpo la combinación entre presión huelguística y negociación con mediación, e incluso a insinuarse que es posible el diálogo con ciertas instancias políticas hasta el momento visualizadas como inaccesibles y refractarias. Este proceso es paralelo con la progresiva desintegración de las grandes federaciones obreras -que trataba de detenerse con fallidos intentos de unificación-, lo cual demuestra que eran mucho más funcionales cuando la actividad huelguista y la acción directa eran prácticamente las únicas herramientas para enfrentar a las grandes coaliciones patronales y a la intervención de los poderes políticos. En muchos casos los enfrentamientos obrero-patronales sectoriales precedieron a la constitución de las organizaciones sindicales y no a la inversa; y las dos grandes federaciones con sus sociedades de resistencia asociadas llevaron una existencia irregular reactivándose en la proximidad de conflictos para luego retraerse en los períodos de calma.<sup>526</sup> La proliferación de las sociedades obreras denominadas autónomas hacia el final de esta década, situadas al margen de la FORA y la UGT, es una consecuencia de ese agotamiento. Sin embargo, ¿porqué, como sucederá más tarde con las federaciones obreras que las sustituirán durante el período de la Primera Guerra Mundial, no asumieron la FORA y la UGT esas nuevas posibilidades de negociación en el campo laboral?<sup>527</sup> La unidad obrera fue fundamentalmente una conducta reactiva frente a la presión combinada de la intensificación de la explotación laboral y la exclusión política, que no se volvió a repetir con la misma intensidad hasta las grandes huelgas del período 1917-1919, y no podía mantenerse con la misma firmeza una vez superadas las situaciones de crisis.<sup>528</sup> El prolongado "estado de excepción" económico y político de toda esa etapa central del capitalismo agroexportador argentino -sustentado incluso con la implantación repetida del estado de sitio

para enfrentar las movilizaciones obreras- es la causa principal de esa intensa y variada movilización huelguista que hemos examinado. La persistencia de estrechos vínculos entre los miembros de un mismo oficio, estimulada por la evolución del sector secundario de la economía argentina a lo largo de toda la etapa, introdujo recurrentemente la fragmentación sindical y la búsqueda de salidas desde la singularidad de los oficios ante la primera señal de que el dogal de hierro cedía un poco. Las conductas

específicas adquiridas en el ejercicio del oficio y la vida asociativa, sumadas a la diversidad de experiencias culturales, eran factores que dificultaban la coordinación de los diversos colectivos de trabajadores, favoreciendo esa atomización del movimiento sindical, excepto cuando se producía una agresión de suficiente entidad contra un colectivo de trabajadores como para ser interpretada como una amenaza al conjunto de la clase obrera.<sup>529</sup> La tensión entre un societarismo basado en el oficio y otro que lo trascendiera se manifestaba incluso en forma de dudas sobre quienes formaban parte de la clase obrera con pleno derecho, y que la acción y la protesta no alcanzaban siempre a eliminar: ¿eran también proletarios los que no se dedicaban a la manufactura o a la obtención de bienes tangibles? La cuestión revela el prestigio del trabajo asociado a las artes manuales en los medios obreros de la época que determinaba que no era suficiente ser asalariado para pertenecer a ella. Las declaraciones siguientes revelan que varios colectivos de trabajadores se debían sentir efectivamente marginados para merecer la cuestión un tratamiento tan contundente, como revelan estas reflexiones de los conductores de carruajes

*'Que los cocheros no producen, pero llevan el sello de la servidumbre con el bigote afeitado, vestidos de librea, y disfrazados al antojo de sus señores burgueses; como el obrero que lleva su rostro sudoroso, lleno de fatiga, y las manos callosas; entre los unos y los otros no hay diferencia: son esclavos todos'*<sup>530</sup>

y también estas de los dependientes de comercio, que bajo la apariencia de un análisis doctrinal de las relaciones de producción ocultan las mismas preocupaciones

*'El dependiente de comercio ¿es ó no es obrero? [...] «El primer congreso de dependientes de comercio declara que, en tanto que su fuerza de trabajo es útil y necesaria á los capitalistas comerciantes, éstos la compran mediante un salario que les permite cubrir las necesidades más apremiantes de la vida. Por consiguien-*

*te, el dependiente de comercio se honra en proclamar bien alto que pertenece a la digna clase trabajadora»<sup>531</sup>.*

Por todo ello, me atrevo a insinuar que la consciencia de clase entre los trabajadores argentinos durante el cambio de siglo, entendida como vínculo asociativo promovido por las condiciones generales del sistema de explotación operando sobre grupos de trabajadores con intereses profesionales y expectativas de movilidad social diferenciados, se construyó como consciencia de crisis, como consciencia de coyuntura, cuando se fusionaban en la misma imagen la subordinación económica y el sometimiento político, donde clase dominante y estado aparecían como las dos facetas de una misma realidad opresora. No quiero significar con ello que esta fuera superficial o efímera, pero tampoco que era irreversible. En su apoyo acuden el declive huelguista que se experimentó después de 1910 y hasta mediados de la década siguiente, la disgregación del movimiento sindical y la incapacidad del partido socialista para consolidar una base de representación política de la clase obrera, frente a la modificación del sistema electoral de 1912. La persistencia de un sistema social basado en la gran movilidad de la población obrera, poco asimilada por la reticencia del estado a otorgar los derechos de ciudadanía, la ambivalencia entre trabajo urbano y rural y la fragmentación cultural fueron factores contribuyentes.

## Bibliografía

### a) Publicaciones del movimiento obrero

a1) **Periódicos** (Las fechas indicadas son las que han sido consultadas)

*El Obrero. Defensor de los intereses de la clase proletaria. Órgano de la Federación Obrera.* (Buenos Aires), 1890-1892.

*El Obrero Panadero. Órgano de la Sociedad Cosmopolita de Resistencia y Colocación de Obreros Panaderos.* (Buenos Aires), 1894-1896, 1899-1900, 1908, 1911.

*El Obrero Albañil. Órgano de la Sociedad de Resistencia entre Obreros Albañiles y Anexos.* (Buenos Aires), 1900-1902.

*El Obrero Carpintero. Órgano de la Sociedad de Carpinteros y Anexos.* (Buenos Aires), 1913.

*El Obrero Aserrador. Órgano de la Sociedad de Resistencia de Obreros Aserradores y Anexos.* (Buenos Aires), 1906-1907.

*El Gráfico. Órgano de las Sociedades de Resistencia que forman la «Federación de Artes Gráficas de Buenos Aires».* (Buenos Aires), 1904-1906.

*El Obrero Constructor de Rodados. Órgano de la Federación Nacional de Obreros Constructores de Rodados.* (Buenos Aires), 1909-1911.

*El Mecánico. Órgano de las Sociedades de mejoramiento social de Obreros Herreros, Mecánicos, Fundidores, Caldereros, Maquinistas, Foguistas y Anexos.* (Buenos Aires), 1896.

*El Gremio. Órgano de la Sociedad de Resistencia «La Unión Cocheros de Buenos Aires».* (Buenos Aires), 1902-1903.

*El Hierro. Órgano de la Federación de Obreros Fundidores y Modelistas.* (Buenos Aires), 1907-1908.

*La Organización Obrera. Órgano de la Federación Obrera Regional Argentina.* (Buenos Aires), 1901-1912.